

# Trabajadores y extraños

## LA ECONOMÍA DEL SERVICIO DOMÉSTICO Y EL PANORAMA DEL MIEDO SUBURBANO

KRISTEN HILL MAHER\*

TRADUCCIÓN DE MOISÉS SILVA

Este estudio examina la relación entre un creciente sector de servicio doméstico transnacional y el desarrollo de enclaves habitacionales fortificados en los suburbios del sur de California, Estados Unidos. Como muchas otras áreas metropolitanas del continente americano, el sur de este estado ha visto una proliferación de comunidades con portones de acceso a partir de los años setenta. Los especialistas identifican a estas comunidades como un medio crítico de segregación social contemporánea por raza y por clase.<sup>1</sup> Sin embargo, generalmente ignoran la paradójica realidad de que la mayoría de las comunidades mencionadas importan mano de obra de servicio,

desde jardineros, sirvientas y nanas hasta asistentes de salud domésticas, acompañantes, paseadores de perros y limpiadores de piscinas.<sup>2</sup> En el sur de California, este tráfico regular de trabajadores de servicio comprende frecuentemente a inmigrantes latinoamericanos de clase trabajadora, el tipo de personas que los portones tratan de mantener fuera. ¿Cómo se explican los residentes de las comunidades con portones de acceso o “fortificaciones” la presencia de los trabajadores de servicio? ¿Cómo definen sus preocupaciones de seguridad? ¿Por qué se levantan portones de seguridad incluso en lugares que no experimentan gran delincuencia? Este trabajo explora estas

\* Especialista en temas de migración, tanto de mujeres como de trabajadores domésticos, así como de globalización y ciudadanía. Doctora en Ciencias Políticas y profesora de la Universidad de California en San Diego. El presente artículo fue publicado en inglés con el título “Workers and strangers. The household service economy and the landscape of urban fear”, en *Urban Affairs Review*, núm.38, vol.6, Sage Publications, 2003, pp. 751-786.

1. Véase Low, Setha. “The edge and the center. Gated communities and the discourse of urban fear”, en *American Anthropologist*, núm.103, vol.1, 2001, pp. 45-58; Caldeira, Teresa P.R. *City of walls. Crime, segregation and citizenship in São Paulo*, University of California Press, Berkeley, 2000; Marcuse, Peter. “The enclave, the citadel, and the ghetto. What has changed in the post-fordist u.s. City”, en *Urban Affairs Review*, núm.33, vol.2, 1997, pp. 228-264; Blakely, Edward J. y Mary Gail Snyder. *Fortress America. Gated communities in the United States*, Brookings Institution Press/Lincoln Institute of Land Policy, Washington, D.C./Cambridge, 1997; Judd, D.R. “The rise of New Walled cities”, en H. Liggett y D.C. Perry, *Spatial practices*, Sage Publications, Thousand Oaks, 1995, pp. 144-166; Kennedy, David J. “Residential associations as state actors. Regulating the impact of gated communities on nonmembers”, en *Yale Law Journal*, núm.105, vol.3, 1995, pp. 761-793; McKenzie, Evan. *Privatopia. Homeowner associations and the rise of residential private government*, Yale University Press, New Haven, 1994.

2. La excepción es Caldeira.

preguntas mediante un estudio a una comunidad en el Condado de Orange, California, que dependía en gran medida de la mano de obra de servicio doméstico y que se había enfrascado recientemente en un debate acerca de la construcción de portones de seguridad, pese a la evidente inexistencia de un problema local de delincuencia.

Este estudio etnográfico encontró que el creciente consumo de servicios en esta comunidad, en su mayoría blanca, había de hecho contribuido a las preocupaciones de los residentes, no por la introducción de nueva delincuencia sino por el cambio en las geografías sociales. La economía del servicio doméstico introdujo la heterogeneidad racial y de clases en espacios residenciales que habían estado anteriormente segregados. En general, los residentes no tenían miedo de la delincuencia por parte de las personas empleadas en su comunidad, pero utilizaban esquemas raciales y clasistas muy similares para identificar tanto a los trabajadores de servicio como a los que consideraban potenciales delincuentes. La falta de una distinción clara entre estas categorías contribuía a la sensación de los residentes de que parecía haber un número creciente de “extraños” a los que encontraban amenazadores. De igual importancia, la economía del servicio doméstico en esta comunidad contribuía a la heterogeneidad social de la región circundante. Los servicios domésticos dependen de trabajadores que viven lo suficientemente cerca para transportarse todos los días; por tanto, números crecientes de inmigrantes latinos vivían en comunidades cercanas. Muchos residentes identificaban precisamente estas comunidades como el centro principal de sus preocupaciones de seguridad; en específico, temían que el tipo de “decadencia” social y económica que estaba ocurriendo cerca de ellos pronto se propagaría a su propia comunidad. En respuesta a estos temores, un impulso era fortificar las fronteras de la comunidad con mayores medidas de seguridad como portones de acceso y muros. Otro fue desarrollar reglamentos sociales informales dentro de la comunidad para hacer más clara la distinción entre trabajadores y “extraños” que podrían ser considerados amenazantes.

Aunque no todas las comunidades con portones de acceso tienen su origen en este tipo de dinámica, los patrones eviden-

tes en este caso sugieren que las transformaciones económicas, sociales y geográficas que acompañan el crecimiento del sector de servicio doméstico podrían exacerbar los temores suburbanos existentes y contribuir a la fortificación del panorama residencial.

## LA FORTIFICACIÓN DE LOS SUBURBIOS

Se ha estimado que más de ocho millones de residentes en Estados Unidos viven actualmente en comunidades con portones de acceso, una tendencia que se ha desarrollado sobre todo a partir de la década de los setenta. Incluso en lugares en los que los desarrollos suburbanos no habían tenido portones, esta tendencia ha “asumido las frenéticas dimensiones de una carrera armamentista residencial, conforme los habitantes ordinarios de los suburbios exigen el tipo de aislamiento social que antes disfrutaban sólo los ricos”.<sup>3</sup> La mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que la exclusividad y la ética privatizada de las comunidades con portones de acceso plantean desafíos tanto al tejido social como a las arcas públicas, identificando los enclaves fortificados con una mayor segregación y un menor sentido de responsabilidad por el bienestar público. Mucho más complejas y controvertidas son las razones de que los enclaves fortificados hayan proliferado en años recientes. Hasta cierto punto, la fortificación de los suburbios tiene que ser entendida dentro del contexto de la historia más amplia del desarrollo suburbano, que en gran medida precede a los cambios en la economía y la geografía social que son el centro del presente estudio.

En uno de los más amplios estudios de las comunidades con portones de acceso realizados hasta ahora, Edward J. Blakely y Mary Gail Snyder argumentan que estas comunidades son un resultado de los ideales y de la planeación históricas de los suburbios: “desde el principio, los suburbios han tratado de separar a sus residentes, primero de la ciudad y luego incluso unos de otros”.<sup>4</sup> Las primeras medidas para controlar el acceso incluyeron el diseño de calles cerradas, la zonificación para un solo uso, la inaccesibilidad al transporte público y la ubicación lejos de los centros urbanos. Los muros y los portones de los

3. Davis, Mike. *City of quartz. Excavating the future in Los Angeles*, Vintage Books, Nueva York, 1992, p.246.

4. Blakely, Edward J. y Mary Gail Snyder. *Op. cit.*, p.8.

enclaves fortificados actuales tienen una función similar. Estos autores sugieren que lo nuevo de estos portones es la realidad física de estas fronteras controladas, que hacen privado lo que sería un espacio público. Además, las comunidades exclusivas y fortificadas han empezado a proliferar entre las clases medias: ya no son solamente el dominio de los ricos y famosos.

Una marca de la “exclusividad” de las comunidades con portones es que tienden a ser socialmente homogéneas, especialmente en términos de raza y de clase, una tendencia que tiene sus raíces en una historia de prácticas segregacionistas no sólo de los propietarios de casas sino también de la industria inmobiliaria y de dependencias gubernamentales como Vivienda y Desarrollo Urbano (Housing and Urban Development, HUD) y la Administración Federal de la Vivienda (Federal Housing Administration, FHA). Después de que la Suprema Corte de Estados Unidos declaró, en 1948, ilegales las restricciones de títulos de propiedad racialmente excluyentes, los contratos residenciales empezaron a utilizar otro lenguaje y otros medios para asegurar la exclusión,<sup>5</sup> principalmente mediante los tipos de restricciones orientadas a la clase social que siguen siendo comunes en las comunidades con estructuras de gobierno privadas como las asociaciones de colonos, por ejemplo, limitar el número de personas por vivienda y prohibir la presencia de camiones y otros accesorios de la vida de la clase trabajadora. En algunos casos actuales, como el del lugar que aquí se estudió, los reglamentos que prohíben canchas de basquetbol pero permiten las de tenis revelan una exclusión con base en la raza, además de la clase. El legado del racismo institucionalizado de las prácticas de vivienda en la historia es que la segregación de raza y de clase continúan “pareciendo una marca de estatus social”.<sup>6</sup> Los portones y los muros señalan la exclusión social y por tanto el prestigio.<sup>7</sup>

Otros aspectos críticos del contexto en el que los enclaves privados y fortificados se desarrollaron incluyen las tendencias históricas y continuadas del antiurbanismo y la privatización.

Los ideales suburbanos de bucólicas “ciudades jardín” se desarrollaron históricamente en contraste con lo urbano, y en particular el hacinamiento, la pobreza, y la estética industrializada de las áreas urbanas. Karen Till observa la misma oposición implícita en los desarrollos de “villa urbana” neotradicionalistas del Condado de Orange, que se anuncian como “panoramas ordenados de un pequeño pueblo rural” en oposición a “las imágenes de Hollywood de Los Ángeles como una oscura ciudad en llamas, un lugar donde el saqueo, el caos y la violencia predominan”.<sup>8</sup> Aunque el discurso antiurbano entre los habitantes de los suburbios se expresa con más frecuencia como un temor al crimen y a la violencia, el trabajo etnográfico de Setha Low en comunidades suburbanas con portones sugiere que este discurso trata en el fondo acerca de divisiones sociales y del “otro” urbano, marcado por la clase, la raza y la etnicidad. De manera similar, Teresa Caldeira argumenta que el “discurso sobre la delincuencia” organiza el mundo simbólicamente en categorías simplificadas, al estereotipar a ciertos grupos como delincuentes y culpar a esta clase “delincuente” urbana de todo tipo de males o transformaciones sociales. Las fronteras físicas que están siendo construidas en las comunidades con portones de acceso podrían por lo tanto entenderse en parte como una manifestación física de los prejuicios sociales y el deseo de distinción tanto como de protección.

Los intereses de los fraccionadores, el racismo individual e institucional y el antiurbanismo proporcionan, cada uno, una parte del contexto en el que las comunidades con portones de acceso han proliferado.<sup>9</sup> Sin embargo, la literatura de la vivienda suburbana y las comunidades con portones de acceso no ha examinado hasta ahora cómo la restructuración de la economía en las regiones urbanas le ha dado forma también a la fortificación residencial. El presente estudio sugiere que no podemos entender el racismo, el antiurbanismo o el discurso sobre el crimen en el sur de California (y quizás también en otras áreas metropolitanas) sin situarlos en relación con las tras-

5. McKenzie, Evan. *Op. cit.*, pp. 60-67; Massey, Douglas S. y Nancy A. Denton. *American apartheid. Segregation and the making of the underclass*, Harvard University Press, Cambridge, 1993, pp. 53-55.

6. McKenzie, Evan. *Op. cit.*, p.72.

7. Blakely y Snyder también identifican el prestigio como uno de los valores clave de la mayoría de las comunidades con portones, junto con la seguridad y el “estilo de vida” en combinaciones variables de prioridad.

8. Till, Karen. “Neotraditional towns and urban villages. The cultural production of a geography of ‘otherness’”, en *Environment and Planning D. Society and Space*, núm.11, 1993, p.72.

9. Algunos autores añadirían a esta lista la tendencia cultural hacia la privatización.

formaciones económicas y geográficas que han acompañado a la globalización en muchas ciudades de Estados Unidos. Las áreas urbanas han perdido empleos tradicionales de manufactura y han visto un crecimiento concurrente de los servicios. Este cambio ha bifurcado el mercado en empleos de alta tecnología y bien pagados en servicios a la producción y empleos poco calificados, muchos de los cuales incluyen atender a las “necesidades domésticas y los elaborados deseos de consumo de... una aristocracia de altos ingresos”,<sup>10</sup> con frecuencia no registrados.

La “aristocracia de altos ingresos” e incluso las clases medias están consumiendo más servicios, entre ellos algunos que tienen lugar en el área doméstica o en la comunidad residencial, como la jardinería, la limpieza doméstica y el cuidado de los niños. Este fenómeno se puede atribuir a un amplio número de cambios macroeconómicos y culturales. Por un lado, hemos visto desarrollarse nuevos niveles de vida en una clase profesional que tiene hogares cada vez más grandes, de diseño complejo, y un estilo de vida que es prácticamente insostenible sin la mano de obra de servicio doméstico.<sup>11</sup> El consumo de servicios domésticos debe verse también dentro de la tendencia más amplia hacia la cosificación de la reproducción social, en la que las tareas asociadas con el mantenimiento diario e intergeneracional de la fuerza de trabajo (por ejemplo, la cocina, la limpieza, el cuidado de los niños y el cuidado de los ancianos)<sup>12</sup> están siendo proporcionados cada

vez más a través del mercado en vez de mediante el trabajo doméstico no remunerado. La cosificación de estas tareas comprende una dimensión importante de este fenómeno.<sup>13</sup> El número de mujeres que trabajan en el servicio doméstico en el Condado de Orange ha crecido exponencialmente: sólo entre 1970 y 1980, se cuadruplicó.<sup>14</sup>

En las ciudades globales la mano de obra de los inmigrantes satisface parte de la nueva demanda de trabajadores de servicio poco calificados, y estudios recientes sugieren que se están empezando a desarrollar patrones similares también en algunas regiones suburbanas. En vez de establecerse en enclaves étnicos tradicionales en los centros urbanos, estos inmigrantes están empezando a mudarse directamente a regiones suburbanas con una fuerte demanda de trabajadores para el sector de servicios, como en las áreas metropolitanas de Nueva York, Chicago y el sur de California.<sup>15</sup> Aunque muchos de los que trabajan resultan ser inmigrantes, no es su estatus de inmigrantes *per se* lo que desafía a la geografía social de los suburbios. Los inmigrantes de clase media y/o de ascendencia europea son virtualmente invisibles en su “extranjería”. En vez de eso, la dinámica social de la economía del servicio parece descansar de una manera mucho más significativa sobre divisiones raciales y de clase.<sup>16</sup>

La economía emergente del servicio doméstico transforma geografías sociales, enlazando a los proveedores y a los consumidores de los servicios en nuevos patrones de interdepen-

10. Waldinger, Roger. “Immigration and urban change”, en *Annual Review of Sociology*, núm.15, 1989, p.221.

11. El crecimiento de la vivienda residencial de Desarrollos de Interés Común (Common Interest Development, CID), en la que los propietarios de las casas y los condominios comparten terrenos y facilidades privados (McKenzie, Evan. *Op. cit.*), puede contribuir también al consumo de servicios. En contraste con diseños suburbanos más tradicionales en los que algunos propietarios de casas cuidan sus propios jardines, los terrenos comunes de los CID requieren servicios de jardinería.

12. Esta definición se basa de una manera general en la de Glenn, Evelyn Nakano. “From servitude to service work. Historical continuities in the racial division of paid reproductive labor”, en *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, núm.18, vol.1, 1992, pp. 1-43.

13. La preferencia común en el sur de California de que se les proporcione el cuidado de los niños, la cocina, la lavandería y el cuidado de los ancianos dentro del hogar descansa no sólo sobre una fuente disponible de mano de obra, sino también sobre una construcción de la mano de obra de reproducción social como apropiadamente “privada” y femenina. Kristen Hill. Maher (“A stranger in the house. American ambivalence about immigrant labor” (disertación doctoral), Universidad de California, Irvine, 1999, y “Labor brokers and the International Maid Trade. The commodification of ‘traditional femininity’ in a global market”, trabajo presentado en la conferencia anual de la Social Science History Association, Chicago, noviembre de 2001) argumenta que el atractivo de las mujeres inmigrantes como trabajadoras domésticas dentro del hogar depende en parte de tales construcciones.

14. v.s. Census 1970; 1980; 1990.

15. Los patrones de asentamiento de los inmigrantes difieren por regiones y por países de origen.

16. Los marcadores de identidad de clase, raza y nacimiento se entremezclan de maneras complejas. Los latinos y los asiáticos en Estados Unidos han sido construidos a través de políticas y de prácticas cotidianas como eternos extranjeros, sin importar su lugar de nacimiento o estatus legal (Cfr. Gutiérrez, David G. *Walls and mirrors. Mexican-americans, mexican immigrants and the politics of ethnicity*, University of California Press, Berkeley, 1995; Lowe, Lisa. *Immigrant acts. On asian american cultural politics*, Duke University Press, Durham, 1996). En muchos casos, el marcador de “inmigrante” es en sí mismo racializado (Colen, Shelle. “Housekeeping for the Green Card. West indian household workers, the state and stratified reproduction in New York City”, en Sanjek, Roger y Shelle Colen. *At work in homes. Household workers in world perspective*, American Anthropological Society, Washington, D.C., 1990).

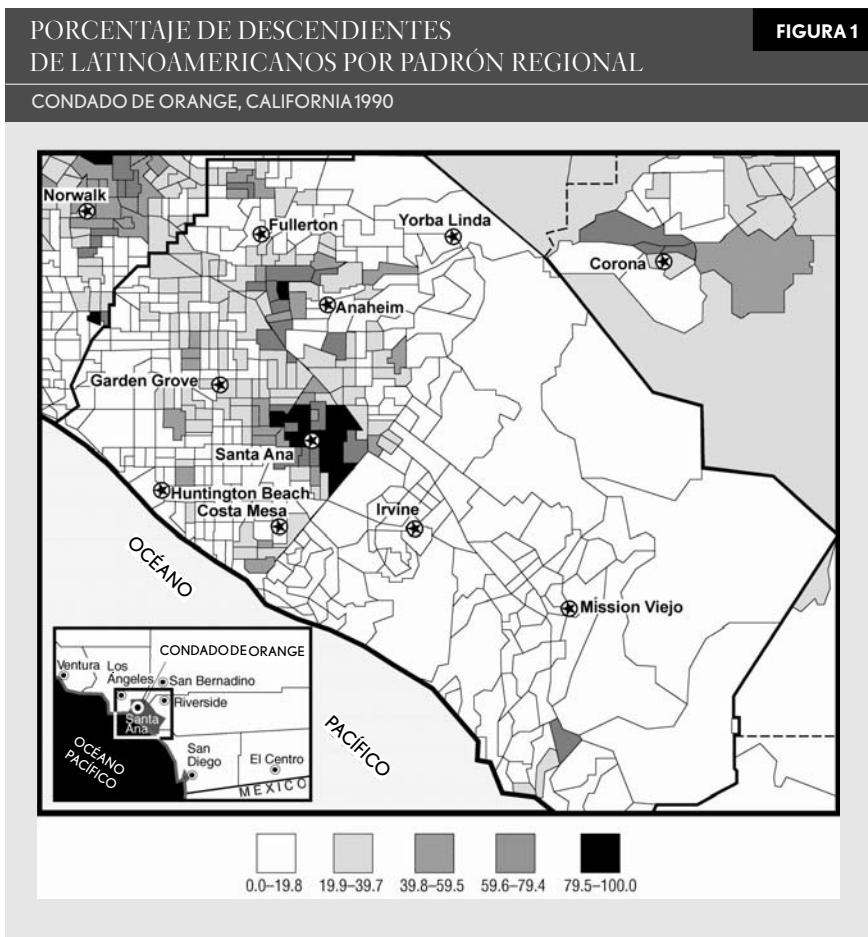
dencias sociales y espaciales.<sup>17</sup> A través del estudio de caso siguiente ilustraré la naturaleza de estas transformaciones y cómo se relacionan con el miedo de las clases medias suburbanas y el impulso por “fortificar”.

### HISTORIA DE DOS CIUDADES

Este estudio examina las relaciones sociales y las preocupaciones por el crimen en una sola comunidad que llamaré “Ridgewood” en Irvine, California. Para entender este sitio de investigación se requiere algo de conocimiento acerca del Con-

dado de Orange, ubicado entre Los Ángeles y San Diego (véase Figura 1), y particularmente de sus ciudades de Irvine y Santa Ana.

En los mapas mentales de los fraccionadores y de muchos residentes, el Condado de Orange se divide en un norte y un sur, con una verdadera línea Mason-Dixon que lo corta a la mitad.<sup>18</sup> El Condado de Orange del norte y el del sur difieren en su desarrollo histórico, en el acomodo físico de sus áreas residenciales y de negocios y su demografía, y en términos de estatus socioeconómico y distribución étnico racial. Estas diferencias han llegado a representar diferencias fundamentales de identidad. El condado del sur tiene una reputación de acaudalado y blanco, una colección de desarrollos planeados y ordenados. En contraste, el condado del norte tiene una reputación de clase media y trabajadora, no blancos, una “caótica” extensión del área urbana de Los Ángeles. Ninguna de estas dos representaciones es completamente exacta, aunque sí reflejan patrones reales de segregación racial. La geografía de los lugares de residencia de los latinos es impresionante. La Figura 1 muestra una concentración de latinos en el condado del norte, y prácticamente su ausencia en el condado del sur, una división espacial tan clara que parece casi como un muro o frontera que demarca territorios raciales. Como los servicios domésticos en el condado del sur son realizados casi en exclusiva por latinos, uno podría imaginar el transporte diario de trabajadores del condado del norte al del sur como un tipo de “cruce de frontera” que desdibuja las divisiones sociales y enlaza al norte con el sur en una interdependencia económica.



17. Por supuesto, las interdependencias sociales y espaciales entre las clases servidoras y sus patrones no son históricamente nuevas. Sin embargo, las relaciones de servidumbre sí lo son para la clase media contemporánea del sur de California.

18. La línea que dividía al sur del norte de Estados Unidos durante la guerra de secesión (N.T.)

Irvine, en el condado del sur, es una de las ciudades pequeñas de más rápido crecimiento en Estados Unidos, parte de la masiva suburbanización y desarrollo del Condado de Orange desde los años cincuenta. Irvine fue planeada de manera central y desarrollada estratégicamente a partir de tierras de ranchos privados según el sistema de la ciudad jardín, y vendida a los potenciales compradores de casas como una utopía suburbana descentralizada. Con una población de 129,294 habitantes en 1999, Irvine es étnicamente diversa, aunque esa diversidad abarca primordialmente etnicidades blancas (78%) y asiáticas (18%). Junto con su desarrollo residencial creció una fuerte base industrial de alta tecnología, de manera que es ya uno de los cuatro “principales tecnopolos” en el área metropolitana de Los Ángeles. Dada la importancia central que las industrias de alta tecnología tienen para la base económica de Irvine, el mercado de trabajo de la ciudad se ha bifurcado en trabajos para los profesionistas altamente calificados, con elevados ingresos, y para los trabajadores poco calificados, con bajos ingresos, en la economía de servicio. La mano de obra de los latinos forma la columna vertebral del sector de servicio poco calificado de Irvine; sin embargo, los reglamentos de zonificación y el costoso mercado de vivienda desalientan a estos trabajadores de vivir en el lugar. La mayoría de los trabajadores de servicio se transportan a Irvine desde enclaves de residencia latinos como los de Santa Ana, en el condado del norte, a unos 15 kilómetros.

En contraste con la reciente planeación detrás de la incorporación (1971) y el crecimiento de Irvine, Santa Ana fue incorporada en 1886 y ha funcionado durante mucho tiempo como el centro administrativo del condado, con una población

urbana relativamente densa que representaba más de la cuarta parte de los residentes del condado décadas atrás (entre 1930 y 1950). Aunque la población de Santa Ana se ha multiplicado por seis desde 1950,<sup>19</sup> este crecimiento no ha seguido el paso del desarrollo mucho más rápido de otras partes del condado. Santa Ana sigue siendo el centro administrativo, pero ya no es el centro de la población o del comercio.

El otro proceso histórico que marca la posición actual de Santa Ana en el condado es una inmigración significativa de latinos y una emigración simultánea de otros grupos étnico raciales, especialmente blancos. En 1960, sólo 15% de los residentes de Santa Ana eran latinos;<sup>20</sup> para 1997, la proporción había crecido a 74%,<sup>21</sup> que eran aproximadamente 40% de todos los latinos del Condado de Orange. Como las áreas de Los Ángeles que se han convertido en enclaves de inmigrantes durante las últimas décadas,<sup>22</sup> el proceso de transformación en Santa Ana ha tenido sus raíces en la reestructuración de la economía. La pérdida de empleos en la manufactura debilitó la base económica de Santa Ana y empujó a los que habían sido trabajadores manuales a mudarse a otros lugares. Dados los relativamente bajos costos de la vivienda, los inmigrantes latinos vieron a esta área como un punto de entrada atractivo. Al mismo tiempo, los empleos poco remunerados que seguían siendo oportunidades atractivas para los inmigrantes proliferaron en la producción textil y de alimentos, así como en los servicios,<sup>23</sup> incluyendo muchos empleos de servicio en el cercano condado sur. En los años setenta los comerciantes latinos revivieron la olvidada área del centro de la ciudad, reinventándola como un centro comercial y cultural que continúa floreciendo.<sup>24</sup>

19. Santa Ana tenía una población de 45,533 habitantes en 1950 (Haas, L. “Grass-roots protest and the politics of planning”, en Rob Kling *et al.*, *Postsuburban California. The transformation of Orange County since world war II*, University of California Press, Berkeley, 1991) y 305,800 en 1996 (Departamento de Finanzas del Estado de California).

20. Esta medición se basó en la proporción de los que tenían apellidos españoles (Haas, L. *Op. cit.*, p.257).

21. Basado en el auto-reporte, Focus Orange County/Claritas, 1997. La población no latina de Santa Ana en el momento del estudio era aproximadamente 14% blanca, 10% asiática y 2% negra.

22. Véase Rocco, Raymond A. “Latino Los Angeles. Reframing boundaries/borders”, en Scott, Allen J. y Edward W. Soja, *The city. Los Angeles and urban theory at the end of the twentieth century*, University of California Press, Berkeley, 1996, pp. 365-389.

23. Por ejemplo, la División de Información del Mercado de Trabajo del Estado de California, “Orange MSA Annual Average Labor Force and Industry Employment” (disponible en <http://www.calmis.ca.gov/>) documenta que los empleos en el sector de servicios aumentaron a más del doble en el Condado de Orange de 1983 a 1999, y que los productos textiles y alimenticios (bienes no durables) fueron las únicas divisiones de la manufactura que aumentaron los empleos durante el mismo periodo.

24. Los mercados y las redes sociales co-étnicas son otros factores importantes en el patrón continuado de asentamiento de inmigrantes en Santa Ana. Enrico Marcelli (“From the barrio to the ‘burbs’. Immigration and urban sprawl in southern California”, papeles de trabajo núm.32, University of California-San Diego, Center

En la economía postindustrial emergente el Condado de Orange se ha convertido en otro lugar donde “los *yuppies* y los trabajadores inmigrantes pobres dependen unos de otros”.<sup>25</sup> Como las ciudades globales, las áreas suburbanas se están convirtiendo en otro lugar donde vemos economías de servicio y soporte creciendo junto a una economía transnacional de alta tecnología y basada en la información. Parte de lo que este estudio documenta, entonces, son las interdependencias entre las poblaciones y los espacios residenciales de esta economía bifurcada, divisiones que se dan principalmente sobre las líneas de clase, identidad étnico racial y —hasta cierto punto— el estatus de inmigrante. Sin embargo, ninguna de las divisiones que organizan las relaciones sociales en el Condado de Orange están simplemente “dadas”, sino que están también sujetas a

posibles dinámicas sociopolíticas de la economía del servicio social que está emergiendo en las áreas suburbanas.

### SITIO Y MÉTODOS

El sitio específico seleccionado para este estudio fue de muchas maneras una comunidad “típica” de Irvine (véase Tabla 1). Ridgewood, una comunidad planeada y desarrollada a mediados de los años setenta, comprendía 246 hogares de una sola familia en una serie de calles cerradas conectadas por tres calles públicas que la atravesaban. En promedio, sus residentes tenían una buena educación (39% tenía títulos profesionales o de posgrado) y la mayoría de los que estaban empleados trabajaban en puestos profesionales, administrativos, técnicos o de ventas; 14% de los residentes eran nacidos en el extranjero. En los términos raciales del censo, los residentes de esta comunidad eran asiáticos (10%) y blancos (90%); 4% de los que se identificaban como blancos reportaban un origen latinoamericano, todos de ascendencia peruana.<sup>26</sup> Ridgewood no era una de las comunidades más de elite de Irvine, aunque sus residentes eran más acaudalados que la media de Irvine (véase Tabla 1).<sup>27</sup>

Como la mayoría de las comunidades de clase media de Irvine y del Condado de Orange del sur, Ridgewood tenía una corriente constante de tráfico de mantenimiento y de servicio hacia la comunidad. Algunos de estos servicios eran contratados por la asociación de colonos mediante cuotas de membresía, como el mantenimiento de las piscinas y el trabajo de diseño de jardines en el

DEMOGRAFÍA DE RIDGEWOOD Y DE IRVINE		TABLA 1
	IRVINE	RIDGEWOOD
<b>OCUPACIÓN</b>		
OCUPACIONES ADMINISTRATIVAS Y PROFESIONALES	47%	46%
TÉCNICA, VENTAS O SOPORTE ADMINISTRATIVO	38%	43%
OCUPACIONES DE SERVICIO	7%	8%
OPERADORES, OBREROS Y TRABAJADORES	4%	3%
<b>RAZA</b>		
BLANCOS	78%	90%
ASIÁTICO O DE ISLAS DEL PACÍFICO	18%	10%
NEGROS	2%	0
ORIGEN HISPÁNICO	6%	4%
<b>PROPORCIÓN DE NACIDOS EN EL EXTRANJERO</b>	22%	14%
<b>EDUCACIÓN</b>		
TÍTULO PROFESIONAL O POSGRADO	17%	39%
LICENCIATURA	29%	28%
TÍTULO ASOCIADO O ALGO DE UNIVERSIDAD	36%	25%
PREPARATORIA O MENOS	18%	7%
<b>INGRESO PROMEDIO DEL HOGAR</b>	56,307 DLS.	100,757 DLS.

FUENTE: U. S. Census, 1990.

una continua negociación. Aunque este estudio captura sólo un momento en un proceso continuado, ilustra algunas de las

for Comparative Immigration Studies, 2001) ha descubierto recientemente, sin embargo, que el crecimiento de los empleos es un factor crítico para comprender el asentamiento de inmigrantes, una pieza crítica del “rompecabezas” del rápido cambio económico y demográfico.

25. **Caldeira, Teresa P.R.** “Fortified enclaves. The new urban segregation”, en *Public Culture*, núm.8, vol.2, 1996, p.310.

26. La categoría de “blancos” incluía también a varias familias del Medio Oriente, que eran identificadas como no blancas por algunos residentes durante las entrevistas.

27. El número de títulos avanzados tanto en Ridgewood como en Irvine era relativamente alto en parte por la base económica de alta tecnología, pero también por las escuelas y universidades ubicadas en Irvine. La población estudiantil de Irvine sin duda disminuye la cifra del ingreso medio por hogar (reportado como 56,307 dólares en la Tabla 1), que de otra manera se parecería mucho más al de Ridgewood.

parque. Cada uno de los hogares contrataba también mano de obra de servicio: de acuerdo a los entrevistados, casi todos los hogares pagaban periódicamente servicios de jardinería y limpieza doméstica. Algunos hogares con niños empleaban nanas, sobre todo entre las familias sin un padre o una madre que se quedara en casa.<sup>28</sup> Una pequeña proporción de las sirvientas y nanas vivían con sus patrones de cinco a siete días a la semana.<sup>29</sup> Además de estos servicios comunes, algunos hogares contrataban atención para ancianos, lavadores de ventanas y de alfombras. Como es usual en la mayoría de las comunidades de clase media en esta región, eran latinos de clase trabajadora los que proporcionaban casi todos estos servicios.<sup>30</sup>

De acuerdo a su reputación y a sus estadísticas policíacas, Ridgewood era una comunidad típicamente segura de Irvine, a la que el Federal Bureau of Investigation (FBI) ha identificado como una de las ciudades con una población mayor de 100,000 habitantes más seguras en Estados Unidos.<sup>31</sup> Pese a la inexistencia de una cantidad significativa de delitos en esta población, en los últimos cinco años sus residentes habían erigido muros alrededor de su perímetro y discutían la posibilidad de convertirse en un enclave con portón de acceso. El periodo más activo del debate fue en 1994, cuando la mesa directiva de la asociación de colonos anunció que planeaba

instalar un portón. Hubo un considerable apoyo para esta idea entre algunos de los residentes. La explicación más frecuente para el portón era que proporcionaría una seguridad adicional, un patrón que confirmaba los hallazgos de Blakely y Snyder de que las comunidades que añaden portones de acceso por iniciativa de sus residentes en vez de haber sido diseñadas con ellos tienden a concentrar su atención en cuestiones de seguridad y prevención del delito.<sup>32</sup> La discusión anterior, por tanto, estaba centrada en cuestiones de seguridad. Sin embargo, durante las entrevistas se expresaron también otros argumentos, incluyendo sugerir que el portón incrementaría el valor de la propiedad en Ridgewood, así como su “identidad comunitaria”, la que se podría definir mejor con unos límites más claros de la comunidad y con un acceso más protegido y más exclusivo a su propio parque y sus comodidades. Los argumentos acerca de la seguridad, los valores de propiedad y la comunidad estaban interrelacionados porque representaban una preocupación por la distinción y los límites sociales en medio de una compleja geografía de razas y clases.<sup>33</sup>

La idea del portón de acceso encontró la resistencia inmediata de un pequeño grupo de residentes que argumentaba que los portones serían imprácticos, costosos o antidemocráticos.<sup>34</sup> Había también algunos obstáculos legales porque la comunidad tenía

28. Este patrón diferencia el consumo de servicios de la clase media del de comunidades más de elite en el sur de California, donde las nanas o las sirvientas de tiempo completo (así como las cocineras, los chóferes e incluso los administradores de la propiedad) son más comunes en hogares en los que las mujeres no tienen un empleo remunerado.

29. Con base en los reportes de los residentes se estima que de 8 a 10% de los hogares en esta comunidad tenían trabajadores domésticos que vivían ahí. Aunque no se recolectaron datos formales sobre el consumo de servicios en esta comunidad, sus patrones eran similares a los de muchas otras del Condado de Orange del sur. Los servicios de jardinería eran a veces proporcionados por individuos o negocios familiares, pero con más frecuencia por compañías que contrataban a trabajadores. Los servicios de trabajo doméstico con nombres como Merry Maids, Molly Maids o Maid for You eran muy visibles, pero algunos hogares preferían contratar a mujeres individuales como limpiadoras periódicas de su casa, encontrándolas a través de las redes sociales (véase Hondagneu-Sotelo, Pierrette. “Regulating the unregulated. Domestic workers’ social networks”, en *Social Problems*, núm.41, 1994, pp. 201-215, y *Doméstica. Immigrant women cleaning and caring in the shadows of affluence*, University of California Press, Berkeley, 2001). Los que contrataban servicios de tiempo completo de limpieza doméstica, cuidado de los niños o cuidado de los ancianos, contrataban mujeres individuales que encontraban a través de redes sociales o de agencias de colocación (Maher, Kristen Hill. “Labor brokers..”, *op. cit.*)

30. Había sólo unas pocas excepciones reportadas de una fuerza de trabajo totalmente latina. Los trabajadores de mantenimiento de piscinas eran blancos, y algunos de los servicios de limpieza doméstica y de lavado de ventanas ocasionalmente tenían empleados blancos o asiáticos. Dos residentes reportaron que había habido algunas *au pairs* (niñeras) europeas en los primeros años, pero en el momento en el que se realizó el estudio todas las nanas, sirvientas de tiempo completo y jardineros que los entrevistados conocían eran latinos.

31. Los reportes del FBI durante los años noventa incluyeron a Irvine entre las ciudades con más de 100,000 habitantes más seguras. Durante varios años en esa década fue considerada la primera en el país, lo que llevó a un reportaje de un periódico local del Condado de Orange y a afirmaciones de los fraccionadores acerca de la “ciudad más segura en Estados Unidos”.

32. Esto obliga a preguntarse si la instalación de portones realmente reduce la delincuencia. Blakely y Snyder sugieren que aunque hay muy poca evidencia de que los portones evitan la delincuencia (y de hecho pueden obstaculizar a la policía), los residentes de comunidades con portones comúnmente reportan que “se sienten” más seguros, dada la presencia de los portones.

33. Una variación del argumento de la “seguridad” que no se examina en detalle en el presente análisis es el deseo de eliminar el tráfico rápido en las calles públicas, en parte para mantener la comunidad segura para los niños. Una elaboración de cada uno de estos argumentos, así como algunas conexiones teóricas entre ellos se pueden encontrar en Maher (“A stranger in the house..”, *op. cit.*)

34. Una entrevistada también añadió una crítica estética, diciendo que a ella no le gustaba “esa sensación de estar enjaulada” (Margaret). De todas las críticas, la más



tres calles públicas que tendrían que ser privatizadas para hacer posible la instalación de portones. El debate disminuyó temporalmente cuando una comunidad de Los Ángeles que trataba de privatizar una calle pública emprendió un caso legal y perdió.<sup>35</sup> En ese punto, en palabras de uno de los miembros de la mesa directiva de la asociación de colonos, “dejamos el asunto pendiente”. A pesar de estar pendiente, la cuestión de la instalación de portones no estaba muerta en esta comunidad cuando realicé el trabajo etnográfico en 1997, ni tampoco lo estaban las ideas que motivaron ese deseo. Esta constelación de circunstancias —la economía bifurcada de Irvine (alta tecnología y servicio), el empleo generalizado de trabajadores de servicio y el debate sobre la instalación de portones— hacían de Ridgewood un sitio fértil para explorar la relación entre la creación de fortalezas comunitarias y la emergente economía del servicio doméstico.

El reciente debate acerca de la instalación de portones de acceso proporcionaba también un foco de atención para entrevistas a profundidad, que se realizaron utilizando métodos abiertos y semiestructurados. La discusión del debate acerca de los portones con los residentes permitió explorar los tipos de preocupaciones o ansiedades que podrían haber animado esta manifestación de la creación de fortalezas, las narrativas individuales acerca de cómo estas comunidades y las áreas circundantes han cambiado a lo largo del tiempo, y qué tipo de personas usan los espacios comunes de las comunidades para qué propósitos. Estas entrevistas buscaban descubrir las verdaderas prácticas en la comunidad, así como las percepciones individuales, la base de este análisis.

Se localizó a los entrevistados mediante referencias que me llevaron a algunos de los activistas en la comunidad, tanto a favor como en contra de los portones, así como algunos cuyas

opiniones estaban menos polarizadas. La muestra resultante de 18 residentes fue diversa, pero no completamente representativa de la demografía de la comunidad. Por ejemplo, no incluía a ninguno de los residentes asiáticos, que aparentemente no participaban en el debate ni estaban integrados en las redes de raza blanca que me proporcionaron las referencias, una clara limitación de la técnica de muestreo. Además, las mujeres estaban más representadas (70%) que los hombres en las entrevistas. Sin embargo, aparte de eso, la muestra era socialmente diversa y era parecida a la demografía de la comunidad en términos de edad, ocupación, nivel educativo y nacidos en el país *versus* nacidos en el extranjero.

A pesar de la diversidad de la muestra de las entrevistas y de la amplia gama de opiniones de los entrevistados en cuanto a los portones, las entrevistas mostraron un consenso relativo acerca de la “realidad” de la vida comunitaria. Me dijeron cosas similares acerca de los principales argumentos a favor y en contra de la instalación de portones de acceso, sin importar si en lo personal estaban de acuerdo con esos argumentos.<sup>36</sup> También estuvieron generalmente de acuerdo sobre cuestiones como qué tan común era que sus vecinos contrataran trabajadores de servicio, qué tipos de conductas tenían los trabajadores dentro del espacio de la comunidad y qué tipos de delitos habían ocurrido o eran por lo general temidos entre sus vecinos. El relativo consenso acerca de estas cuestiones evidencia un conjunto de normas y prácticas al nivel de la comunidad que forman la base de la mayoría de las afirmaciones en el siguiente análisis. Las entrevistas se complementaron con materiales de observación participativa, el censo, las estadísticas del delito del FBI, el departamento de policía de Irvine, las publicaciones inmobiliarias locales y fuentes académicas secundarias. Se

---

común entre los entrevistados fue el costo. Los que se enfocaban en la democracia —argumentando que querían vivir en un lugar que fuera incluyente y no excluyente— incluían sobre todo a los que tenían alguna afiliación universitaria, uno de los cuales había tenido una presencia expresiva en las reuniones en las que se discutió la cuestión de los portones. Aunque estas críticas no habían cambiado la postura de los que estaban a favor de los portones, sí tuvieron un efecto, ya que algunos de los más fuertes defensores de los portones espontáneamente incluyeron en sus entrevistas el contra-argumento de que los portones serían “snob”, antidemocráticos o costosos.

35. Véase Kennedy, David J. *Op. cit.*, y Blakely, Edward J. y Mary Gail Snyder. *Op. cit.*, p.106). Para discusiones de este caso: Ciudadanos contra los enclaves con portones (Citizens against gated enclaves o CAGE [Jaula]) vs Whitley Heights.

36. La mitad de los residentes estaban a favor de los portones, una cuarta parte se oponía, y otra cuarta parte estaban indecisos o tenían opiniones mezcladas. Estas proporciones pueden no reflejar el grado real de apoyo o de oposición al portón dentro de la comunidad en general. Sin embargo, ayudan a ilustrar que el debate sobre este tópico era todavía relevante, lo que apoya la afirmación del presidente de la asociación de colonos de que la gente le pregunta en todas las reuniones: “¿Qué está pasando con eso del portón? ¿Todavía lo van a hacer?” Lo que es más importante, incluso los entrevistados que estaban en desacuerdo con el portón identificaban la misma variedad de argumentos en los que se había enmarcado el debate (por ejemplo, en términos de seguridad o costos y beneficios económicos). El acuerdo en estas cuestiones indica que tales argumentos eran parte de un discurso más general de la comunidad y no solamente opiniones individuales.

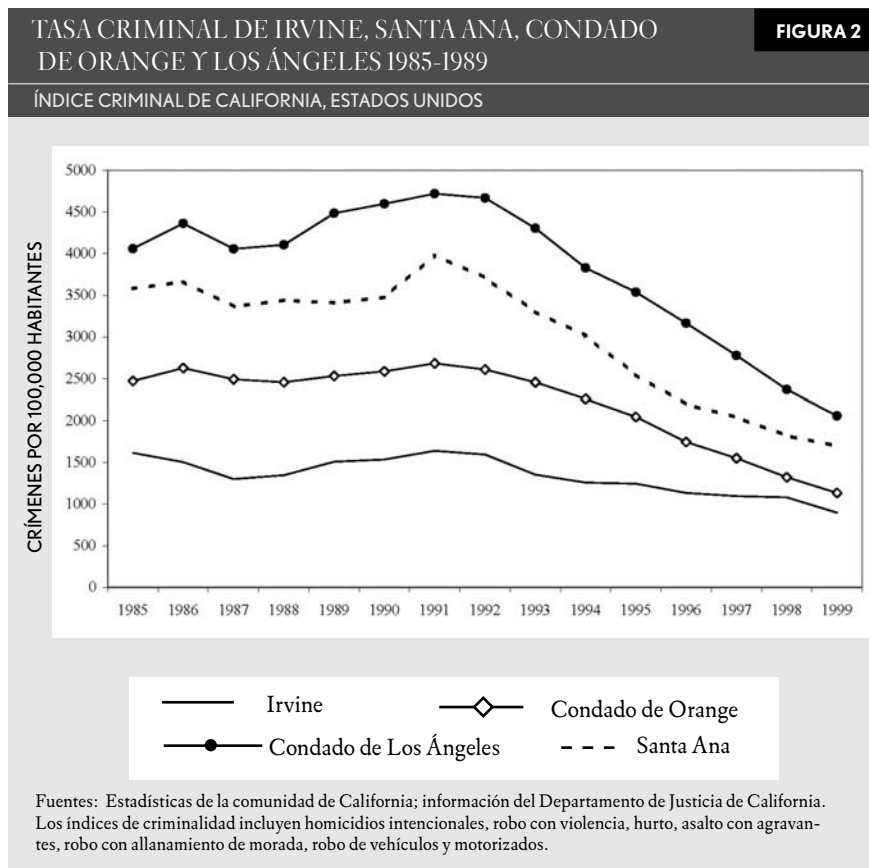
trabajó también con una asistente de investigación bilingüe entrenada en métodos etnográficos para obtener acceso a entrevistar a algunos de los trabajadores en la comunidad.

Este estudio examina las prácticas cotidianas, las reglas implícitas y los entendimientos tácitos que subyacen a las relaciones sociales en la comunidad de Ridgewood. Estos tipos de fenómenos son el “proyecto de etnometodología”<sup>37</sup> y son enfocados mejor a través de métodos etnográficos. Pero a diferencia de muchos estudios etnometodológicos, el interés del estudio no eran sólo las relaciones internas de la comunidad sino que esta funcionaba como un sitio para observar la interrelación de procesos más amplios —las relaciones emergentes entre las poblaciones y los lugares de la economía del servicio doméstico— tal y como se dan en la vida diaria. Esta aproximación empírica se acerca a lo que Burawoy describe como “perspectivas de la globalización desde abajo”;<sup>38</sup> esto es, trata de cubrir la brecha entre el cambio económico a nivel macro y las formas en las que tales cambios estructuran y son negociados en la experiencia cotidiana.

### LA EXPERIENCIA DE SANTA ANA Y UN FUTURO DE “DECADENCIA”

Aunque las preocupaciones acerca del delito y la seguridad caracterizaron a las entrevistas y representaron una gran parte del argumento de añadir más medidas de seguridad como una entrada con portón a la comunidad de Ridgewood, estas preocupaciones no eran tan claras como podrían parecer en un principio. En primer lugar, la preocupación por la

seguridad en esta comunidad parecía estar completamente disociada de las tendencias reales de la delincuencia. Irvine experimentaba muy pocos delitos de propiedad o violentos en el momento de este estudio, y su tasa de delincuencia —como las de Santa Ana, el Condado de Orange y el Condado de Los Ángeles— había ido en declive desde principios de los años noventa, como se ve en la Figura 2. La diferencia entre las percepciones de los riesgos de delincuencia y la ocurrencia real de delitos no se limitaba a esta comunidad; más bien podría entenderse como parte de una “cultura del miedo”<sup>39</sup> más general que permeaba la imaginación de la clase media suburbana,



37. Burawoy, Michael. “Reconstructing social theories”, en Michael Burawoy et al, *Ethnography unbound. Power and resistance in the modern metropolis*, University of California Press, Berkeley, 1991.

38. Burawoy, Michael. “Introduction. Reading for the Global”, en Michael Burawoy et al, *Global ethnography. Forces, connections and imaginations in a postmodern world*, University of California Press, Berkeley, 2000, pp. 340.

39. Glassner, Barry. *The culture of fear*, Basic Books, Nueva York, 1999.

incluso en lugares con muy poco riesgo de delincuencia.

Mucho más desconcertante era una segunda contradicción: muchas de las mismas personas que argumentaban que un portón de acceso era necesario para una mayor seguridad en Ridgewood también afirmaban que se sentían muy seguras porque sabían que la tasa de delincuencia era muy baja y porque no habían escuchado de muchos delitos en el área. Uno de los mayores defensores de instalar un portón para proporcionar una mayor seguridad mencionó también que “la tasa de robo a casa habitación es prácticamente cero en nuestra comunidad. Nos han robado un radio o dos en los últimos cinco o seis años” (Tom). Otro residente que estaba a favor de los portones explicó su opinión en los siguientes términos: “Es bueno [el portón] porque no hay gente vagabundeando en la comunidad. Así que en ese sentido se puede tener seguridad”. Sin embargo, momentos después ella agregó “no siento que la necesitemos en cuanto al delito, necesariamente... no me siento insegura aquí en absoluto” (Michelle). Una tarea de esta sección es comprender a qué le tienen miedo personas como Michelle y Tom, si de hecho no percibían un gran riesgo inmediato de delincuencia. ¿Quién podría “vagabundear” adentro de la comunidad y con qué consecuencias? ¿Qué garantía de una seguridad adecuada sentían que no tenían?

El análisis que sigue sugiere que las preocupaciones de seguridad de aquellos en la comunidad que estaban a favor de los portones no eran tanto acerca de una delincuencia inmediata como acerca de la amenaza de “extraños ocasionales” que pudieran entrar en su comunidad de lugares como Santa Ana, que percibían como un lugar que estaba experimentando una transformación social y económica negativa. Parte de su preocupación acerca de los extraños de Santa Ana se basaba en una asociación generalizada de los latinos con la delincuencia. Sin embargo, también parecía reflejar una preocupación de que la “decadencia” que había acompañado el flujo de latinos hacia Santa Ana se pudiera propagar a otros lugares cercanos como Irvine. No obstante, es crítico recordar que el crecimiento de

la población latina de Santa Ana había sido impulsado en parte por la creciente demanda de mano de obra poco calificada de servicio. Esto es, la misma economía de servicio de Ridgewood (y la de comunidades similares) había contribuido a producir las circunstancias causantes de los temores de estos residentes de los suburbios.

### La amenaza del extraño ocasional

Al hablar de la delincuencia pasada y potencial, los residentes planteaban varias categorías de delinquentes potenciales: “arrendatarios” de comunidades cercanas que se metían para usar el parque o la piscina privados de Ridgewood ilícitamente; “chicos del barrio” que vivían en Ridgewood o eran amigos de los adolescentes residentes; trabajadores de servicio y extraños de “afuera”. De estas categorías no había la expectativa de que el portón eliminaría la potencial delincuencia de nadie más que de los extraños. Los de comunidades cercanas que entraban sin permiso lo hacían caminando, y un portón no eliminaría el acceso de peatones. Los adolescentes locales —que eran identificados por los residentes y por boletines periódicos de la policía de Irvine como los probables perpetradores de la mayoría de los robos a casa habitación— también continuarían teniendo acceso irrestricto al espacio de la comunidad si se instalara un portón. Por estas razones, resultó claro que el objetivo clave de colocar un portón de acceso sería la categoría de los “extraños”. Los extraños que eran temidos eran definidos como un “elemento diferente” que vagabundeaba ocasionalmente dentro de la comunidad o ladrones que atacaban selectivamente comunidades como Ridgewood por su relativa riqueza.<sup>40</sup>

La categoría de “extraños” plantea una pregunta interesante. Los residentes de Ridgewood no conocían personalmente a todos sus vecinos ni a todos los presentes en la comunidad, de manera que había de hecho muchos extraños presentes en todo momento. ¿Cómo, entonces, decidían cuáles extraños eran amenazantes? En su mayor parte, los residentes describían

40. Las categorías enlistadas aquí son amalgamas de las que los entrevistados usaron durante sus entrevistas. Muchos entrevistados usaron la palabra “arrendatarios” [“renters”] (con una variación de “habitantes de departamentos” [Jeff]) para referirse a personas de comunidades cercanas que percibían como de clase más baja, aunque las elevadas rentas de estos complejos de departamentos no habrían permitido ningún residente realmente pobre. “Adolescentes” [“teenagers”] fue también una palabra común, y muchos entrevistados dejaron claro que pensaban que los “chavos” [“kids”] o “teens” que eran responsables por robos a casas en la comunidad vivían en la comunidad o cerca. La categoría de “extraños” [“strangers”] fue expresada exactamente de esta manera con menos frecuencia. Se adoptó este término para capturar una variedad de descripciones de gente “elemento diferente” (Mary, Cheryl), que “no son de Irvine” (Nancy), que “no tienen qué hacer” en la comunidad (Marilyn), que ocasionalmente “vagabundeaban a la comunidad” (Michelle) o son “tipo ladrones endurecidos” (Mary) que se meten “de noche con una máscara” (Gerry).

a aquellos que consideraban amenazantes sólo de acuerdo al automóvil que conducían. Los automóviles que eran descritos con más frecuencia como productores de ansiedad eran los “malos”: “si este camión de aspecto feo, apestoso y maltratado está ahí parado... te das cuenta, y más o menos les echas un ojo, porque no sabes si están espionando. No sabes lo que están haciendo” (Cheryl). Otro residente describía los vehículos que la hacían “sospechar” como sigue: “Tú sabes, ¿es una Van? ¿Es una *pick-up*? ¿Está algo oxidada o maltratada, a diferencia de un Mercedes o algo así? Digo, los agentes inmobiliarios pasan mucho tiempo manejando” (Nancy). Parte de esta identificación de automóviles malos ciertamente tenía algo que ver con la identificación de la gente de clase trabajadora como más probables delincuentes. Pero también tenía que ver con la disponibilidad de explicaciones potenciales de lo que sus conductores podrían estar haciendo allí. Si había un BMW desconocido en la comunidad, podría pertenecer al amigo de un vecino, un agente inmobiliario, un contacto de negocios, un comprador potencial de una casa, etc. Si había un “auto malo” en la comunidad, había menos posibles explicaciones: “Ves gente manejando lentamente, mirando todo. Si andan en un auto bonito, te imaginas que están buscando una casa nueva. Si andan en un auto viejo, te imaginas que la están espionando” (Gerry).

El discurso acerca de los autos parecía ser no sólo el resultado de una interpretación de indicios acerca de potenciales criminales sino también un lenguaje codificado en el que la gente podía hablar de clase y de raza en un contexto en el que la discusión explícita de estos tópicos es por lo general considerada ofensiva.<sup>41</sup>

Muchas de las descripciones de los residentes acerca de los tipos de autos que los ponían nerviosos incluían claras referencias de clase, codificadas en las descripciones de los mismos como “maltratados” o que no correspondían a “los modelos de Irvine”. Los tonos raciales de algunas observaciones eran más sutiles, como la mujer que decía que se ponía nerviosa cuando los conductores no eran ninguno de las sirvientas o los jardineros que conocía personalmente. Claramente, estos conductores eran latinos, ya que los comparaba con trabaja-

dores de servicio y no con vecinos u otros a los que podría haber conocido. Otros fueron un poco más obvios en el contenido racial de sus observaciones acerca de los “autos malos”, al identificar los autos que los hacían sospechar más como *lowriders* (autos “bajados”), Chevrolets modificados frecuentemente asociados con la cultura de la clase trabajadora chicana. Estos tipos de descripciones sugieren que no eran necesariamente los autos mismos sino más bien los tipos de gente que los conducía, lo que provocaba la ansiedad de los residentes de Ridgewood.

Había cierto acuerdo entre los que estaban a favor del portón de que este ayudaría a reducir la presencia ocasional de “autos malos” en la comunidad, más de lo que ayudaría a eliminar la posibilidad de un robo planeado a las casas por delincuentes experimentados. Aunque unos cuantos sugerían que el portón sería “sólo otro obstáculo” que alentaría a un “ladrón profesional” a irse a otro lado, la mayoría decía que no hay nada que se pueda hacer acerca de ese tipo de delincuencia. Decían que alguien que se dedicara a robar casas podría entrar dondequiera que quisiera, así que ninguna comunidad estaría completamente a salvo. Para ilustrar este punto, incluso los que apoyaban el portón daban ejemplos de robos a casas de los que habían oído dentro de comunidades con portones de acceso en otros lugares. La mayoría estimaba que el portón mantendría fuera al extraño ocasional que pudiera “vagabundear” dentro de la comunidad.

### **Santa Ana y el futuro imaginado**

Como las referencias a los “autos malos” y los *lowriders* sugieren, los extraños que los residentes en esta comunidad veían como los más amenazantes tendían a ser de otras razas y clases que los que vivían en Ridgewood. Este apartado aborda más explícitamente la geografía social de los extraños temidos. Sugiere que los miedos generalizados acerca de la seguridad se relacionan con cambios macroeconómicos que los residentes discutían e interpretaban utilizando el lenguaje de delincuencia y decadencia social, adoptando a los latinos de clase trabajadora que vivían en Santa Ana como los personajes centrales en una narrativa antiutópica acerca del cambio.

41. La diferenciación de raza y de clase son cuestiones complicadas en una cultura que ha mitificado una “sociedad ciega al color” en la que todos son parte de una clase media que abarca todo. Una de las consecuencias de estos mitos es la frecuente codificación o traducción de los descriptores de raza y de clase o su omisión por completo, de manera que sólo están presentes en los silencios.

En las conversaciones acerca del lugar de donde provenían los extraños, algunos residentes no especificaban la geografía social, sugiriendo que el peligro provenía de las vías rápidas, donde gente de toda clase de lugares pasaba muy cerca de Irvine. Aparentemente se imaginaban la vía rápida como una conexión con el mundo y en especial con las áreas urbanas, que hacían un lugar que de otra manera estaría aislado, vulnerable a la delincuencia. Otros identificaban de manera más explícita a Santa Ana y otras regiones al norte de Irvine como el origen de su inseguridad. Por ejemplo, Cheryl mencionó al inicio de su entrevista que no tenía en absoluto ningún miedo a la delincuencia, y de hecho no había activado el sistema de seguridad de su casa en meses. Sin embargo, quería que Ridgewood instalara portones de acceso por una amenaza que en su percepción se estaba propagando a Irvine. “Vienen de Santa Ana”, explicaba, y después añadió:

C: En los últimos dos años, no lo he visto, pero lo oigo de otra gente, que las pandillas están viniendo para acá.

Kristen Hill Maher (KHM): ¿De dónde?

C: Santa Ana, y espere... ¿qué está arriba de Santa Ana? ¿Cuál es, Stanton? Es algo en qué pensar. Pero uno sabe que van a estar en todas partes.

Este extracto de entrevista es revelador acerca de la inseguridad que hace que Cheryl quiera instalar un portón en su comunidad. En parte, la pregunta relevante era “¿Dónde está el peligro?”, puesto que ella tenía miedo de una invasión de pandillas y minorías de Santa Ana y otros lugares al norte de Irvine. Pero una pregunta más crítica sería quizás “¿Cuándo es el peligro?”, puesto que era algo que Cheryl no había experimentado en su vida cotidiana pero que temía que sucediera en el futuro: “uno sabe que van a estar en todas partes”.

Cheryl no era la única que parecía tener miedo del futuro más que de cualquier cosa en el presente. Veamos el siguiente extracto de la entrevista con Jeff, que presentó el problema en términos de la cambiante “demografía” no sólo de Santa Ana sino de los últimos cien años en Los Ángeles:

J: La demografía está cambiando aquí. Cuando me cambié

a principios de los setenta, yo era una persona típica en el Condado de Orange. Y, como tú bien sabes, ahora... Costa Mesa y Santa Ana han decaído en su estructura social. O, no sé si es la terminología adecuada, pero el caso es que las tasas de delincuencia han aumentado, y ese tipo de persona se ha mudado y empezado a apoderarse de Irvine... La mejor manera de verlo, creo, vaya a Los Ángeles. Hace cincuenta años o, digamos, noventa años, el centro de Los Ángeles era el mejor lugar. Y le aseguro que usted no caminaría por ahí ahora en la noche.

KHM: ¿Así que su percepción, o la gente de aquí percibe que ese es el futuro de Irvine también?

J: Es una posibilidad... Yo definitivamente veo un cambio en esta comunidad. ¡Lo he visto! Vaya a las escuelas y mire de dónde vienen los niños y cuál es su origen. Digo, ¿a qué se dedican sus padres? ... De pronto veo a mí alrededor y digo “Caramba, todo está conectado aquí”.

Aunque Jeff tuvo cuidado de no decirlo explícitamente, los cambios en la composición racial del área metropolitana de Los Ángeles estaban claramente al centro de sus preocupaciones. Mientras él —un hombre blanco— era “una persona típica aquí en el Condado de Orange”, había habido una “decadencia” en la “estructura social” de Santa Ana y Costa Mesa (las dos áreas más cercanas que experimentaban una inmigración latina significativa) muy similar a la de Los Ángeles.<sup>42</sup> Y este “tipo de persona se ha mudado y empezado a apoderarse de Irvine”, como lo evidenciaba simplemente mirar el “origen” de los niños en las escuelas cercanas. Jeff parecía temer las maneras en las que Irvine estaría eventualmente sujeta a cambios raciales y de clase similares a los que ocurrían en las ciudades cercanas y a lo que veía como un aumento concurrente de la delincuencia.

De manera similar, en el extracto a continuación, Tom identifica de manera muy colorida un aumento de la delincuencia en Santa Ana y Los Ángeles como la razón primordial de que tantas comunidades en el Condado de Orange del sur han estado instalando portones:

42. Cabe mencionar que Los Ángeles fue históricamente una ciudad “pequeña, mayormente hispánica y atrasada” (Laslett, John H.M. “Historical perspectives. Immigration and the rise of a distinctive urban region, 1900-1970”, en Waldinger, Roger y Medi Bozorgmehr, *Ethnic Los Angeles*, Russell Sage Foundation, Nueva York, 1996, p.39), e incluso hace 90 años incorporaba una sustancial diversidad étnico racial, que incluía mexicanos nativos e inmigrantes, europeos nativos e inmigrantes, afroamericanos e inmigrantes chinos y japoneses. Sin embargo, ha habido un crecimiento significativo de la población latina en décadas recientes, de 18.3% de la población en 1970 a 37.8% en 1990 (v.s. Census 1970; 1990).

T: Todas las comunidades nuevas que se han abierto en Newport [Beach] en los últimos tres o cuatro años, todas y cada una de ellas han instalado portones. Porque la gente ha visto el aumento de la delincuencia. Y perciben que podría eventualmente llegarles a ellos, ya sea en la ciudad más segura de Estados Unidos, en Irvine, o en la ciudad rica, en Newport Beach.

KHM: Así que el lugar en el que están viendo el aumento de la delincuencia no es entre sus propios vecinos.

T: ¡No! Pero es en preparación para lo que podría pasar.

KHM: ¿De dónde piensas que sacan esta idea?

T: Bueno, de la prensa. Recibimos una dieta constante de eso a través de la prensa. Dios, vea las noticias de las seis. ¿Qué son? Violaciones, pillaje y saqueos. No están hablando de unos niños exploradores acampando.

KHM: Pero están hablando de Los Ángeles la mayor parte del tiempo.

T: No importa. Los Ángeles está en el Condado de Orange. Siguen pasando cosas horribles aquí. Escuche, tenemos un problema muy serio de pandillas en Santa Ana. Está casi fuera de control, la policía de allá está simplemente, están desbordados. ¿Y eso se va a venir para acá? No sé, pero la gente está haciendo cosas preparándose para el caso de que quizás podría suceder. Y si es así, quiero estar detrás de un muro con portones. Así de simple.

Tom enfatizó durante su entrevista que Irvine era una ciudad excepcionalmente segura, pero aquí calificó esa observación, alzando el espectro de Los Ángeles y Santa Ana como lugares que para él representaban el futuro. Lo que fuera que venía, se estaba moviendo hacia el sur con la inevitabilidad de un glaciar, trayendo consigo las razas urbanas y los padecimientos urbanos también. Y cuando esto ocurriera, él quería “estar detrás de un muro con portones”.

Un tema común durante las entrevistas citadas anteriormente (así como otras no citadas aquí) era que los padecimientos urbanos de Los Ángeles y Santa Ana no estaban contenidos dentro de la geografía de estas ciudades sino que se estaban

propagando a otras áreas mediante las minorías urbanas en movimiento. Esta expectativa parecía basarse en una sugerencia implícita de que las minorías urbanas de Los Ángeles y Santa Ana habían “causado” problemas como la pobreza y la delincuencia en vez de ser víctimas de ellas.<sup>43</sup> Han habido varias transformaciones significativas en estas ciudades: la pérdida de gran parte de su base manufacturera tradicional y una gran cantidad de empleos estables y sindicalizados, con prestaciones; el crecimiento concurrente de empleos “flexibles”, de medio tiempo y mal pagados; el flujo de nuevos inmigrantes, para quienes incluso los empleos no seguros o poco remunerados siguen siendo oportunidades atractivas, y el aumento de la pobreza entre los trabajadores que ganan sueldos de servicio poco calificado. A pesar de la naturaleza macroeconómica de estos cambios, varios participantes en este estudio implícitamente atribuían la “decadencia” de estas áreas al flujo de inmigrantes latinos.

En este sentido, la narrativa acerca de Santa Ana descansaba también sobre ideas esencializadas de los latinos como el tipo de gente que instiga problemas urbanos, que traen consigo la pobreza, la delincuencia y el malestar urbano. Las ansiedades raciales de Ridgewood ciertamente no se limitaban a los latinos: las entrevistas incluían también relatos de tensiones raciales con persas, judíos hasídicos y afroamericanos. Una residente reportó un incidente en el que llamó a la policía en respuesta a un chico afroamericano pre-adolescente que simplemente vagabundeaba por la comunidad. Sin embargo, en las discusiones sobre la delincuencia y la decadencia, las ciudades como Santa Ana y Costa Mesa, con enclaves de inmigrantes latinos en rápido crecimiento, figuraban de manera muy prominente en la percepción de una amenaza.

El estudio de Teresa Caldeira de los residentes de clase media que viven en “enclaves fortificados” en São Paulo encontró relatos similares acerca de los nordestinos, los migrantes del noreste de Brasil. Caldeira sugiere que los residentes comúnmente caracterizaban a los nordestinos como delincuentes y que el “discurso de delincuencia” representaba la variedad de cambios locales que les resultaban preocupantes.

Ella argumenta que toda clase de pérdidas y ansiedades pue-

43. Este discurso también parece descansar sobre una representación implícita de Los Ángeles y Santa Ana como lugares de peligro y decadencia, una representación que simplificaba el grado al que ambas ciudades son de hecho social y económicamente complejas, lugares de diversidad racial significativa y gran riqueza así como pobreza.

den ser expresadas mediante el lenguaje de delincuencia:

La delincuencia proporciona un simbolismo generativo para hablar de otras cosas que son percibidas como incorrectas o malas, pero para las cuales puede no existir un consenso de interpretación o vocabulario. También ofrece un simbolismo para hablar de otros tipos de pérdida, como la movilidad hacia abajo. Más aún, la delincuencia le añade dramatismo a la narración de eventos que por sí mismos pueden no ser dramáticos —por ejemplo, un proceso de cuarenta años de cambio en una comunidad— pero cuyas consecuencias pueden ser preocupantes.<sup>44</sup>

El discurso de delincuencia reduce una realidad compleja y desordenada a unas cuantas categorías esencializadas que “dan argumentos a los prejuicios” al mismo tiempo que le dan al narrador un medio de organizar el mundo y obtener una sensación de control.

El argumento de Caldeira es muy útil para explicar las contradicciones en el discurso de la delincuencia en Ridgewood. Los relatos del crimen en Ridgewood ciertamente no se correlacionaban con ninguna realidad empírica: eran unas cuantas experiencias personales de la delincuencia entre los de la comunidad, y el foco de la mayor parte de la ansiedad no era acerca de un sentido inmediato de peligro (de hecho, los tipos de seguridad adicional en debate en esta comunidad, como las entradas con portón, no estaban siquiera dirigidas a las personas que se pensaba que eran los más probables perpetradores de delitos en la comunidad). En vez de eso, el discurso de la delincuencia de Ridgewood parecía ser una manera más general de articular el miedo o la incomodidad acerca de una variedad de otras transformaciones locales. Casi todas las entrevistas incluían alguna expresión de preocupación acerca de la inevitabilidad de la urbanización y la pérdida de la “sensación rural” de Irvine. Aunque muchos residentes describieron la vida comunitaria de Ridgewood en términos muy positivos,

había simultáneamente una sensación de una pérdida del Edén.<sup>45</sup> Hacían notar que Irvine estaba cada vez más entrelazada en una red de vías rápidas que la unían a más centros urbanos. Veían una evidencia de más “autos malos” a su alrededor e identificaban una mayor presencia local de minorías que veían como urbanas. Observaban economías en problemas, y lo que percibían como delincuencia fuera de control en ciudades cercanas. Aunque estas observaciones podían ser entendidas como simplemente un sentimiento antiurbano, también reflejaban una percepción de una geografía cambiante en el Condado de Orange, en la que la “invasión de latinos” y “Santa Ana” funcionaban como potentes símbolos de un futuro en el que sentían que la forma de vida a la que estaban acostumbrados y su estatus social no estaban seguros.

Este lenguaje simbólico enmascaraba el grado al que las transformaciones del Condado de Orange, y en especial el crecimiento de las poblaciones latinas en Santa Ana, habían sido producidas en parte por la emergente economía racializada de servicio.<sup>46</sup> El creciente consumo de servicios domésticos en comunidades como Ridgewood en el condado del sur había generado miles de nuevos y poco pagados empleos de servicio para latinos que vivían en el condado del norte. Los trabajadores que proporcionaban esos servicios domésticos debían por necesidad vivir lo suficientemente cerca para facilitar su transporte diario, así que no era coincidencia que una comunidad como Santa Ana, cerca de la división norte-sur del Condado de Orange, hubiera experimentado un gran crecimiento de su población.

Conforme la economía del servicio doméstico en áreas suburbanas como Irvine crece, también crecerán las comunidades cercanas en las que viven los trabajadores de servicio, en efecto, siguiendo a los que se retiran a comunidades con portones de acceso. Esta es una de las dos formas en las que la economía de servicio del mismo Ridgewood contribuye de forma indirecta a la fortificación de su panorama suburbano.

44. Caldeira, Teresa P.R. *City of walls...*, op. cit., p.34.

45. Véase Patricia Zavella (“The tables are turned. Immigration, poverty and social conflict in California communities”, en J.F. Perea, *Immigrants out! The new nativism and the anti-immigrant impulse in the United States*, New York University Press, Nueva York/Londres, 1997, p.137), acerca de la sensación de los ciudadanos blancos de California como un “paraíso perdido” —“una de las connotaciones culturales de las tensiones raciales actuales que estamos experimentando en el estado hoy en día, especialmente en cuanto a los latinos”.

46. El crecimiento reciente del enclave de inmigrantes de Santa Ana tuvo varias causas estructurales probables, incluyendo las reformas de las políticas de inmigración, las redes sociales y los mercados co-étnicos, así como el cambio macroeconómico a una economía de servicio, con un incremento concurrente en el consumo de servicios domésticos.

## TRABAJADORES Y EXTRAÑOS: FRONTERAS BORROSAS

Una segunda conexión entre la economía de servicio suburbana y la tendencia hacia la fortificación yace en las prácticas cotidianas dentro de los espacios de la comunidad. La mayoría de los trabajadores de servicio en Ridgewood se asemejan fuertemente a esos “extraños ocasionales” que manejan “autos malos” desde lugares en el condado del norte como Santa Ana, que muchos residentes de Ridgewood querían mantener fuera con una entrada con portón. Y sin embargo, con pocas excepciones, los residentes no percibían que los trabajadores de servicio constituyeran una amenaza de delincuencia potencial. Esta percepción descansaba en una dicotomía de categorías que los residentes tendían a suponer, entre “trabajadores” y “delincuentes potenciales”, así como en reglas tácitas de conducta de los trabajadores que hacían más visible su rol de servicio. Sin embargo, no todos los que estaban conectados con la economía de servicio podían ser contenidos fácilmente dentro de esta dicotomía trabajadores-extraños: había, de hecho, una falta de distinción clara entre estas dos categorías, que contribuía a la preocupación general por la creciente presencia de extraños amenazadores.

### Señales del “trabajador de verdad”

En general, los residentes describían a los trabajadores de servicio en términos muy positivos, como “gente muy trabajadora, muy amable” (Jeff) o “simplemente gente que quiere tener una vida mejor” (Jeanne). La mayoría representaba al tráfico regular de trabajadores en la comunidad como normal y no problemático.

Un residente ilustra la normalidad de los trabajadores de servicio latinos con un relato de cómo su hija de diez años que vino a vivir a Ridgewood al principio cometió el error de pensar que los jardineros eran amenazantes. En su primer día de clases llegó a casa de la escuela en estado de pánico, diciendo que un hombre en una camioneta blanca la había seguido. Su padre indagó en el asunto y se dio cuenta de que los hombres que trabajaban para las compañías de diseño de jardines eran todos latinos en camionetas blancas:

Y mi pequeña y anglosajona hija recién llegada de Cleveland, Ohio, ve todos estos mexicanos oscuros en estas camionetas. Y como que las estaban siguiendo porque siempre andaban manejando cuando [los niños] venía caminando de la escuela. Y eso la asustaba. Tuve que explicarle, así que la llevé afuera y se los presenté. Y le dije, “sabes, esta es la gente que limpia nuestras áreas verdes y todo” (Gerry).

Evidentemente, para Gerry, confundir a los trabajadores latinos con otros latinos que podrían ser amenazantes era un error ingenuo que sólo cometería alguien que no entiende el panorama social del Condado de Orange. Para él, las categorías de “trabajadores de servicio” y “delincuentes potenciales” parecían ser mutuamente excluyentes.

Sólo dos de los entrevistados plantearon dudas acerca de esta división en categorías, sugiriendo que los trabajadores podrían realizar pequeños robos o darles pistas a amigos que podían robar las casas. Como explicó uno de ellos, no había evidencia real de que los trabajadores estuvieran robando cosas, pero que una de las primeras respuestas cuando “se perdía algo” era culpar al jardinero: cuando “una puerta de cochera está abierta, si los jardineros están en la comunidad, inmediatamente parece que la gente está convencida de que son ellos, tú sabes” (Harrison). Pero la mayoría de los entrevistados desecharon la posibilidad de delincuencia por parte de los trabajadores, y algunos se rieron de esa posibilidad cuando se mencionó.<sup>47</sup> De manera similar, nadie consideró seriamente la posibilidad de que sus propios vecinos pudieran representar una amenaza de delincuencia, en tanto que los residentes de comunidades cercanas eran considerados sospechosos con más frecuencia. Estos patrones sugieren que los residentes de esta comunidad habían invertido psicológicamente en la expectativa de un comportamiento pro social de todos los que “eran de” el espacio de la comunidad, reservando la expectativa de una amenaza para los de afuera.

Tal vez por esta razón, los residentes casi siempre colocaban a los trabajadores de servicio en una categoría separada de los delincuentes potenciales. Estas categorías dicotómicas descan-

47. Hay un fuerte precedente histórico de que los sirvientes sean sospechosos de delitos contra la propiedad, así que me sorprendió un poco la fortaleza de la fe que los residentes de Ridgewood expresaban acerca de la fibra moral de los trabajadores de servicio. Esto puede haber sido otro ejemplo de algo que pensaban que no era socialmente apropiado expresar.



saban en el conocimiento de la diferencia entre un trabajador “que es de aquí” y un extraño al que consideran amenazante. La mayoría de los residentes expresaban certeza acerca de su capacidad de saber la diferencia. En algunos casos, esta confianza descansaba en la familiaridad que la mayoría de los residentes sentían con sus vecinos y las rutinas de sus trabajadores de servicio: “Tú sabes quién está haciendo qué hoy; tú sabes quién va a dónde” (Cheryl). En otros casos, la confianza parecía estar dada por supuesta en la claridad de la significación del trabajador. Como Mary hizo notar, “simplemente puedes darte cuenta” de quién es un trabajador de servicio. O como Carolyn explicó:

Ha habido un par de ocasiones en que vi a alguien y pensé, mmm, no parece como que viven en el área. No parecen jardineros. Alguien que anda en un auto y... dando vueltas en la comunidad... Ha habido sólo una o dos ocasiones en las que he visto pasar algo así. Más frecuentemente la gente que vemos en la comunidad parecen ser jardineros de verdad. O eso, o tienen un sistema de camuflaje muy elaborado.

La distinción entre alguien que sólo “anda por ahí en un auto” y un trabajador de servicio dependía en este caso de que el trabajador de servicio demostrara o realizara lo que lo identificaba como un “jardinero de verdad”. Eso podía significar, por ejemplo, que necesitaba manejar una camioneta *pick-up* blanca con equipo de jardinería en ella. Una vez fuera de la camioneta no se debía apartar demasiado de ella, o debía traer el equipo en sus manos o simplemente seguir trabajando activamente.

Una residente notó que los jardineros estaban conscientes de que necesitaban tener cuidado acerca de cómo se pasaban sus descansos:

Tú sabes, los muchachos que están podando los árboles o algo por el estilo, y están tomando un descanso, creo que tratan de parecer... no demasiado como que están

en un *picnic*... Sus herramientas están cerca, o... podría haber un árbol mucho mejor al que podrían ir. Pero se quedan muy cerca de sus instrumentos de trabajo, como sus herramientas (Anne).

No sólo los jardineros sino todos los trabajadores de servicio latinos en la comunidad necesitaban mantenerse fácilmente identificables para los propietarios de casas para seguir siendo no amenazantes. La manera principal de identificar a una nana en esta comunidad requería ver a una latina con niños de otra raza, un esquema expresado por Margaret como sigue: “Veo a mucha gente con carriolas con niños rubios y gente sudamericana empujándolas. Tú sabes que no son las madres, así que simplemente puedes darte cuenta”. Como en la mayoría de las comunidades suburbanas en el sur de California, la distinción social entre los que proporcionan los servicios y los que los consumen en Ridgewood era una división racializada, en la que los trabajadores estaban marcados por un “uniforme de color”, muy parecido a los contextos coloniales de Sudáfrica.<sup>48</sup> Sin embargo, este “uniforme” por sí solo no proporcionaba pistas para distinguir entre trabajadores y “extraños” potencialmente amenazadores, dado que los residentes también usaban pistas racializadas para identificar a los delincuentes.

De ahí que se hayan desarrollado normas sociales en la comunidad para regular la conducta de los trabajadores, normas que eran aparentes en la casi completa uniformidad de lo que hacían y no hacían dentro de Ridgewood, y que eran confirmadas por las entrevistas con los mismos trabajadores.<sup>49</sup> Ningún trabajador se dedicaba visiblemente al ocio en la comunidad, incluso durante su tiempo libre.<sup>50</sup> Los jardineros permanecían cerca de sus camionetas y de sus herramientas. Las trabajadoras domésticas desempeñaban su estatus de trabajadoras siendo visibles sólo cuando había una razón relacionada con el trabajo para estar fuera de la casa, por ejemplo acompañar a niños que parecían no ser los suyos. Las empleadas que no

48. Kuper, Hilda. *The uniform of colour. A study of white-black relationships in Swaziland*, Witwatersrand University Press, Johannesburgo, 1947.

49. La perspectiva de los trabajadores de servicio —por ejemplo cómo percibían la reglamentación social en el trabajo y cómo negociaban estratégicamente las “reglas”— se desarrolla más a fondo en Maher, Kristen Hill. “A stranger in the house.”, *op. cit.*

50. Las únicas excepciones que se descubrieron fueron las pocas trabajadoras que viven ahí que paseaban en las tardes, en horas en las que los residentes esperarían que los trabajadores estuvieran caminando a la parada del autobús. Sin embargo, estas trabajadoras nunca nadaban en la piscina de la comunidad ni se dedicaban a otras actividades que serían menos ambiguamente ocio, pese a su residencia de tiempo completo y al hecho de que pasaban muchas de sus horas libres dentro de la comunidad.

cuidaban niños no eran visibles en absoluto, excepto cuando esperaban que pasaran por ellas o caminaban de o hacia la parada del autobús. Las reglas informales que requerían que los trabajadores de servicio desempeñaran activamente su rol de servicio cuando eran visibles en el espacio de la comunidad ayudaban a apoyar la dicotomía que los residentes mantenían entre “trabajadores de verdad” y los extraños cuya presencia sería causa de alarma.

### **La ambigüedad de la significación y la indeterminación de las categorías**

Pese a la regulación generalizada de los trabajadores de servicio, la confianza de los residentes de Ridgewood en la dicotomía entre trabajadores y extraños estaba mal ubicada. De hecho, estas categorías se confundían entre sí de dos maneras que contribuían a las ansiedades de los residentes acerca de la seguridad. En primer lugar, las señales de alguien asociado con la economía de servicio eran lo suficientemente ambiguas para permitir malas lecturas de trabajadores y de extraños (y viceversa). En segundo lugar, en la práctica, las categorías de trabajadores y extraños no estaban delineadas tan claramente como la dicotomía popular de los residentes suponía. Ambos tipos de falta de distinción entre las categorías contribuían a la sensación de algunos residentes de que la comunidad era vulnerable a la delincuencia y a otros padecimientos que asociaban con la presencia aparentemente ocasional de latinos de clase trabajadora en las cercanías.

Como ya se dijo, las señales de un “trabajador de verdad” dependían en gran parte de la raza y del desempeño activo del trabajo. Estos dos tipos de significación dejaban bastante espacio para malas lecturas. Por ejemplo, los esquemas racializados que los residentes usaban para identificar a las nanas eran imperfectos y contraproducentes en algunos casos en los que la fórmula de una nana latina con un niño rubio no se aplicaba. Algunas familias del Medio Oriente o de Asia habían empezado a mudarse a la comunidad y también contrataban nanas latinas, confundiendo el esquema racial esperado, ya que era menos claro que los niños no eran suyos. Según una residente, lo que pasaba era que “tenías a una nana con unos niños de cabello oscuro en el parque, y alguien dice, tú sabes, ¿quiénes son esos que entran y usan el parque?” (Nancy). En contraste, las nanas latinas de otras comunidades traían a niños de cabello claro de otras comunidades sin ninguna sospecha

de que estaban entrando sin permiso, ya que se ajustaban a la fórmula esperada. Las trabajadoras domésticas empleadas en Ridgewood eran en apariencia las únicas que percibían que esas mujeres estaban presentes sin autorización. El esquema racializado para identificar a los trabajadores de servicio permitía estos dos tipos de percepciones erróneas acerca de quién “era de” el espacio de la comunidad.

Lo que es más importante, el desempeño del trabajo no era una señal confiable de la presencia de quién en la comunidad estaba relacionada con la economía de servicio. El sector de servicio en esta comunidad producía un tráfico regular de latinos de clase trabajadora, de los cuales no todos estaban fácilmente marcados por su trabajo, sus herramientas, o su significación como que estaban ahí por una razón, y no como que habían entrado “ocasionalmente” en la comunidad para espiarla. Por ejemplo, parte de la discusión sobre el incremento de “autos malos” en la comunidad sugería que los que estaban asociados con la economía de servicio no eran siempre legibles como tales. Considérese este extracto de la entrevista de Claire, en el que habla de sus preocupaciones sobre autos que la preocupan:

C: A veces veo autos “bajados” que entran a la comunidad y, tú sabes, anoto el número de las placas.

KHM: ¿De verdad?

C: Bueno, sí. Porque no es típicamente el tipo de autos que hay en la comunidad... Es que sí ves más autos en la comunidad que no se ajustan al perfil.

KHM: ¿Tendrían alguna otra razón para pasar?

C. Una cosa podría ser, siempre hay tarjetas en nuestra puerta o volantes. Compañías de jardinería. Así que pienso que parte de eso podría ser que dejan a los jóvenes, usualmente latinos, que caminan en la calle y ponen las tarjetas... Así que esa podría ser una respuesta que podría ser reconfortante. Sería mejor que cualquier otra cosa. De otra manera, no sé, a menos que sólo revisando. No sé.

Claire era la única residente que sugería que algunos de los “extraños” en la comunidad que la ponían nerviosa podrían haber estado ahí por razones más “reconfortantes”, relacionadas con el trabajo. Pero esta reflexión fue importante porque ilustra la manera en que quienes son asociados con la economía de servicio pueden ser fácilmente malinterpretados como una amenaza de delincuencia.

Además, el escenario que plantea Claire de compañías de jardinería buscando clientes sugiere que la categoría de trabajadores —o quizás con más precisión, “los que están presentes por razones relacionadas con el servicio”— no era tan estática como muchos de los residentes implicaban. La gente entraba y salía de esta categoría. Por ejemplo, los que todavía no estaban trabajando formalmente en la comunidad podrían ser contratados después por una casa o por compañías que trabajaban allí. Además, los que estaban empleados en ese momento en la comunidad dejaban de ser “trabajadores” al final del día de trabajo y al final de su empleo en la comunidad. En esos momentos, los trabajadores de servicio se unirían hipotéticamente a las filas de la población no diferenciada de latinos de clase trabajadora que muchos residentes blancos encontraban amenazantes, aunque suponían que estos trabajadores no eran amenazantes y eran básicamente “buenas personas” en el contexto de su ambiente de trabajo. No era sólo en significación sino también en la práctica que las categorías de trabajadores y extraños se confundían entre sí.

Por último, la dicotomía trabajador-extraño separaba falsamente a los trabajadores de servicio de cualquier contexto social aparte del de la relación de servicio, como si fueran un grupo fundamentalmente separado de los “extraños” de lugares como Santa Ana, que eran una fuente importante de ansiedad. Esto resultó más evidente en las reacciones de los residentes hacia la familia y los amigos de los trabajadores de servicio, que no eran siempre vistos en los mismos términos positivos que los propios trabajadores. Por ejemplo, en respuesta a mi pregunta acerca de si había una regla en contra de que las nanas usaran la piscina en su propio tiempo libre, Claire expresó una incomodidad acerca de la posibilidad de que las familias de los trabajadores vinieran a la comunidad.

No sé cómo se sentiría la comunidad. No me molestaría a mí personalmente, a menos que la gente perdiera el control. O —esto no es muy agradable— pero a menos que esto atrajera a cierto tipo de chusma en la comunidad. Sabes, esa es otra cuestión también, que no se me había ocurrido. Que si otros miembros de la familia vinieran, entonces eso sería un asunto que creo que les resultaría difícil a muchos.

Otros afirmaban esta sensación en relación con el sentimiento general de la comunidad: “si trajeran a toda su familia,

no estoy segura de que eso sería... aceptado” (Nancy).

Muchos a los que se les preguntó acerca de si sus trabajadoras domésticas que vivían ahí tenían amigos o familia que los visitaran en su lugar de trabajo respondieron con considerable sorpresa o ansiedad acerca de esa posibilidad. Estas reacciones sugieren que estos residentes no habían pensado mucho acerca de dónde habían venido las trabajadoras o cuáles eran las circunstancias de su vida fuera de la comunidad. Otras discusiones

## LA DICOTOMÍA TRABAJADOR-EXTRAÑO separaba falsamente a los trabajadores de servicio de cualquier contexto social aparte del de la relación de servicio

acerca del servicio doméstico afirmaban este punto; en un caso, una residente describió haber visto a la trabajadora doméstica de los vecinos con su esposo e hijo al salir de trabajar, y dijo que se descubrió pensando: “se ven exactamente como una familia normal; los veo metiendo a su niño, y tienen asiento para el bebé... Y ella estaba hablando con él, creo que eso era, en voz baja acerca de su día, y cosas así. Era simplemente muy... tú sabes, una escena doméstica muy común... fue una sorpresa para mí verla en ese rol” (Anne). Como los trabajadores tenían un rol tan limitado y definido dentro de la comunidad como personal de servicio —y porque la relación de sus patrones con ellos estaba por lo general limitada a la de un empleador o un potencial empleador— habría sido fácil olvidar todos los demás aspectos de las vidas de los trabajadores, y particularmente cómo se ajustaban a otros contextos sociales como los de su propia familia y sus redes de amistad. Esta percepción oscurecía el grado en el que los que estaban empleados en trabajos de servicio eran parte de redes sociales fuera de Ridgewood, y el grado en el que los amigos y las familias de los trabajadores se habían vuelto parte del panorama social al interior del lugar, ya que los llevaban, les traían el almuerzo o los venían a visitar. Al igual que los que entraban a la comunidad a buscar clientes, los amigos y miembros de la familia de los trabajadores estaban asociados con la economía de servicio, pero podían no ser fácilmente identificables como tales.

Las ambigüedades de las señales claras de quién estaba relacionado con la economía de servicio y no era ocasional o con intenciones perniciosas casi contribuía a las preocupaciones acerca de la seguridad en Ridgewood. Recuérdese que la creciente presencia de “autos malos” era un factor clave en la decisión de los residentes de tratar de usar un portón para mantener fuera a los “extraños ocasionales”. De hecho, debe haber habido una cantidad significativa de tráfico automotor asociado con la mano de obra de servicio en la comunidad. Estaban los vehículos de los trabajadores mismos, pero también los autos de los que llevaban a los trabajadores que no tenían transporte, los que buscaban clientes y los amigos y familiares de trabajadores que venían a verlos en la comunidad. La mayoría de estos vehículos probablemente no se ajustaban al perfil de los que pertenecían a los residentes de la comunidad, y cualquiera de ellos tenía el potencial de generar ansiedad ya que llevaban las razas y clases de personas que muchos residentes asociaban con la delincuencia. Conforme los residentes de esta comunidad aumentan su consumo de servicios,<sup>51</sup> pueden esperar ver una mayor proliferación de “autos malos” en el área.

La creciente economía de servicio doméstico está generando una nueva heterogeneidad social dentro y cerca de áreas suburbanas como Ridgewood, que han estado antes segregadas espacialmente por raza y clase. El caso de Ridgewood sugiere que dos tipos de prácticas de “fortaleza” o de “frontera” se pueden desarrollar en respuesta a esto: primero, un interés en la fortificación física de los límites, y segundo, reglas sociales para acentuar las distinciones entre trabajadores y extraños. Sin embargo, ninguno de estos tipos de prácticas había sido por completo efectivo para contener la complejidad social de la economía del servicio doméstico de Ridgewood. Por más que los residentes de la comunidad trataran de diferenciar entre los trabajadores que querían seguir contratando y los extraños a los que temían y que-

rían mantener fuera, estas categorías no podían ser completamente separadas en la práctica.

## LAS FORTALEZAS Y LA ECONOMÍA DEL SERVICIO DOMÉSTICO

La economía bifurcada y orientada al servicio de los suburbios está creando nuevas interdependencias entre los que consumen servicios y los que los proporcionan. Hasta cierto punto, los trabajadores de servicio y sus patrones de clase media permiten el bienestar de ambos, una relación que Sarah Mahler caracteriza como simbiótica.<sup>52</sup> Por ejemplo, el empleo en comunidades como Ridgewood les proporciona a trabajadores que son inmigrantes una manera de ganarse la vida y condiciones de trabajo que pueden ser preferibles a las de otras industrias en las que muchos inmigrantes latinos trabajan en el sur de California. A cambio, los trabajadores de servicio hacen posible la calidad de vida que los residentes de los suburbios disfrutan. Las sirvientas, las nanas y los jardineros permiten a los propietarios tener casas grandes y complejos jardines que requieren mucho trabajo para su mantenimiento. Permiten la “liberación” de las mujeres de la clase media de los aspectos incómodos o rutinarios del trabajo doméstico,<sup>53</sup> y al hacerlo proporcionan a las familias la posibilidad de tener dos fuentes de ingresos y dos carreras profesionales, así como la riqueza que las acompaña. En un nivel simbólico, le dan a los empleadores el prestigio que acompaña tener sirvientas y un cierto estilo de casa y jardín.

Los trabajadores de servicio y sus empleadores en el contexto de Ridgewood habían desarrollado este tipo de relación de interdependencia a un nivel individual. Menos obvia, pero igualmente importante era la interdependencia entre Santa Ana e Irvine, la comunidad en la que los trabajadores de servicio vivían y en la que trabajaban. Por más que los residentes de Ridgewood quieran apartarse de las comunidades latinas de Santa Ana, la economía del servicio doméstico las une eco-

51. No se encuestó formalmente a los residentes acerca de los cambios en su consumo de servicios, aunque durante las entrevistas se sugirió repetidas veces que era relativamente inusual contratar a una sirvienta, nana o jardinero hasta mediados de los años ochenta. Esta información es consistente con las estadísticas del censo sobre el empleo en el sector de servicios descritas anteriormente.

52. Mahler, Sarah. *Salvadorans in Suburbia. Symbiosis and conflict*, Allyn and Bacon, Needham Heights, 1995.

53. Mary Romero (*Maid in the U.S.A.*, Routledge, Nueva York/Londres, 1992) hace notar que esta liberación de ninguna manera desafía la idea de que las labores domésticas son trabajo de mujeres. En vez de desafiar al patriarcado, simplemente pasa la responsabilidad a las mujeres de la clase trabajadora, que con frecuencia son responsables de las labores domésticas en su empleo pagado así como de las labores no pagadas en sus propios hogares.

nómica e incluso espacialmente. La forma de vida de Ridgewood descansaba en la existencia de Santa Ana cerca, y viceversa.

Estas interdependencias no dejan de tener complicaciones, como lo ilustra este estudio etnográfico. El empleo de mano de obra de servicio en comunidades como Ridgewood desafiaba a las geografías sociales de varias maneras que contribuían a las ansiedades que parecen subyacer al deseo popular de fortificar los límites de la comunidad con muros y portones. En primer lugar, los residentes no expresaban preocupación acerca de que los latinos entraran a su comunidad a trabajar. Esto es, aunque los residentes de Ridgewood tenían confianza en que podían darse cuenta de quién era un trabajador por el desempeño visible del trabajo, no podían identificar qué personas eran potenciales trabajadores, o los que transportaban a los trabajadores, o los que eran parte de los contactos sociales de los trabajadores o incluso trabajadores en su tiempo libre. Esta indeterminación contribuía a las ansiedades de los residentes acerca del creciente número de “autos malos” en la comunidad, y la permeabilidad de los límites de la comunidad a aquellos cuya presencia no podían explicar.

El otro desafío surgía de la proximidad espacial y el crecimiento de comunidades latinas de clase trabajadora cercanas, tendencias que los residentes de Ridgewood interpretaban como una señal de la “decadencia” que podría eventualmente traer delincuencia y hacer caer los valores de la propiedad también en Irvine. Una ironía de tal visión del futuro es que la transición económica de la manufactura al servicio que ha desafiado a Santa Ana en años recientes no ha detenido en absoluto la prosperidad y el crecimiento económico de Irvine en las últimas décadas. Por el contrario, los residentes de Irvine se habían beneficiado no sólo de la economía globalizada y de alta tecnología sino también de la mano de obra mal pagada de los trabajadores que vivían en Santa Ana. Sin embargo, aquellos en Ridgewood que entendían las transiciones que ocurrían a su alrededor en términos raciales y no macroeconómicos parecían concluir que cualquier influjo de latinos era malas noticias para el orden social y la economía de una región.

Estos dos desafíos a la geografía social parecían contribuir fuertemente a las ansiedades de los residentes de Ridgewood acerca del futuro, acerca de la seguridad de su propiedad y

## LA MOTIVACIÓN PARA AÑADIR portones en cualquier comunidad tiene complejas raíces sociales e históricas, como los patrones históricos de segregación suburbana

de su potencial de mantener una forma de vida aislada de los padecimientos urbanos. Respondieron a estas ansiedades “fortificando”, no sólo con nuevas formas de seguridad de las fronteras, sino también con reglas sociales informales, de las cuales ambas podrían ser consideradas “instituciones de fortaleza” que funcionan para regular los límites sociales.

En breve, el caso de Ridgewood ilustra cómo el consumo de los servicios domésticos entre los residentes de los suburbios ayudó a “crear” esas circunstancias de las que sentían que era necesario defenderse. Lo que es menos evidente en este estudio de caso es la fuerza de la relación entre la economía del servicio doméstico y las fortalezas. Los tipos de ansiedades que los residentes de Ridgewood sentían acerca de la seguridad y la heterogeneidad social se desarrollaron en un complejo contexto en el sur de California en el que las tensiones raciales han aumentado enormemente con las transformaciones demográficas de la inmigración, en especial después de los disturbios civiles de 1992 en Los Ángeles. Tal vez sea imposible separar los temores que acompañan a la economía del servicio doméstico de las ansiedades más generales de los blancos de clase media acerca de las razas, las clases y el orden social. De manera similar, la motivación para añadir portones en cualquier comunidad tiene complejas raíces sociales e históricas, como los patrones históricos de segregación suburbana, creencias generalizadas acerca de la correlación entre los valores de la propiedad y la homogeneidad social, y el antiurbanismo histórico de los suburbios. Aunque los residentes de Ridgewood frecuentemente expresaban la lógica de los portones en términos de seguridad, los verdaderos valores y creencias que hacían parecer a los portones como una opción atractiva estaban informados también por algunas de estas tendencias culturales más generales.

¿Podemos esperar que las comunidades suburbanas se conviertan en “ciudades de muros”<sup>54</sup> en respuesta a una economía

bifurcada en la que los servicios domésticos proliferan? Extrapolando a partir de los hallazgos de este estudio, parece haber una posibilidad de que los cambios en la geografía social que acompañan a la economía del servicio doméstico generarán más fortalezas suburbanas.

El grado en el que esto ocurra dependerá de varios factores, tales como la medida en el que los servicios domésticos se vuelvan parte de la clase media suburbana. No todas las regiones de los Estados Unidos han desarrollado las mismas formas o grado de reproducción social cosificada que el sur de California.<sup>55</sup> Las variaciones regionales en la forma en la que la reproducción social se está alcanzando pueden tener alguna relación con los patrones de asentamiento de los inmigrantes. Esto es, los servicios domésticos parecen ser más comunes en regiones de la costa o de la frontera con poblaciones importantes de inmigrantes.<sup>56</sup> Los patrones de asentamiento de los inmigrantes también parecen correlacionarse

aproximadamente con las regiones metropolitanas en las que Blakely y Snyder encontraron una mayor concentración de comunidades con portones, como Los Ángeles, Nueva York, Miami, Houston y Chicago; se necesitan más estudios para examinar esta relación y el rol potencial que las economías de servicio doméstico tienen en ella. Finalmente, el que las comunidades suburbanas se “fortifiquen” dependerá también de la existencia de obstáculos sociales y legales como los que son evidentes en la comunidad de Ridgewood, que ha desarrollado algunas instituciones tipo fortaleza pero no se ha (hasta la fecha) convertido realmente en una comunidad privada con portones. Esto es, los obstáculos legales para privatizar espacios que en la actualidad son públicos, así como la vehemente oposición a la instalación de portones en comunidades donde proliferan las ansiedades acerca de la seguridad, pueden detener la retirada de las comunidades suburbanas hacia fortalezas privadas. ■

#### BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

**ALBA, Richard D.** *et al.* “Immigrant groups in the suburbs. A reexamination of suburbanization and spatial assimilation”, en *American Sociological Review*, núm.64, vol.3, junio de 1999, pp. 446-460.

**BALDASSARE, Mark.** “Suburban communities”, en *Annual Review of Sociology*, núm.18, 1992, pp. 475-494.

**DODSON, M.** “Where is the County’s ‘Mason-Dixon’ Line? Start at Costa Mesa Freeway and Meander South”, en *Los Angeles Times, Orange County Edition*, agosto 27 de 1989.

**JACKSON, Kenneth.** *Crabgrass frontier. The suburbanization of the United States*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

**LAWS, Glenda.** “Globalization, immigration and changing social relations in u.s. cities”, en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm.551, 1997, pp. 89-105.

**MAHLER, Sarah.** “First stop. Suburbia”, en *Report on the Americas*, núm.26, vol.1, 1992, pp. 20-25.

**PAREL, R.** “Suburban immigrant communities. Assessments of key characteristics and needs”, en *The Fund for Immigrants and Refugees*, Chicago, 2000.

**REICH, Robert B.** “Secession of the successful”, en *The New York Times*, 20 de enero de 1991.

**SASSEN, Saskia.** “Economic restructuring and the american city”, en *Annual Review of Sociology*, núm.16, 1990, pp. 465-490.

— — —. *The global city*, Princeton University Press, Princeton, 1991.

— — —. *Globalization and its discontents*, The New Press, Nueva York, 1998.

**SCHIESL, Martin J.** “Designing the model community. The Irvine Company and Suburban Development, 1950-88”, en Rob Kling *et al.*, *Postsuburban California. The transformation of Orange County since world war II*, University of California Press, Berkeley, 1991, pp. 55-91.

**U.S. Bureau of the Census.** 1970.

— — —. 1980.

— — —. 1990.

54. La frase “una ciudad de muros” proviene de Caldeira, Teresa, *City of walls...*, *op. cit.*

55. Por ejemplo, los estudios del Buró de Estadísticas del Trabajo sugieren que el número de personas empleadas en los servicios domésticos privados de hecho disminuyó en las regiones de censos sur y norte central entre 1982 y 2000 (Bureau of Labor Statistics. “Geographic profile of employment and unemployment, 1982”, en Boletín núm.2170, u.s. Department of Labor, 1983, p.10, y en “Geographic profile of employment and unemployment, 2000”, en Boletín núm.2550, u.s. Department of Labor, 2002, p.13). Aunque estas cifras probablemente cuentan de menos el número de trabajadores domésticos inmigrantes, si indican una variación regional.

56. La naturaleza de esta relación puede no ser unidireccional. Esto es, mientras que algunos estudios han hecho notar que los inmigrantes van a donde hay empleos, hay también una posibilidad de que diferentes tipos de prácticas de consumo se desarrollen en lugares con una oferta excesiva de mano de obra no calificada. Véase Kaufman, Kathy. “Outsourcing the hearth. Immigration and the strategic allocation of labor in american families” (disertación), Columbia University, 2000.